

## LA RECOMPENSA DE ELENA

GÉNERO CRÓNICA:  
Josefina MARTÍNEZ CALVO

HACE QUINCE AÑOS QUE ELENA PADECE EL Mal de Alzheimer, lo que significa que en ese tiempo dejó de existir como ser consciente (persona humana) y como persona jurídica. En los últimos 5 años perdió su comunicación oral, las lesiones cerebrales le afectaron el centro del habla, aunque todavía conserva algunas expresiones extraverbales, útiles para mantener nuestro imprescindible contacto vital y desarrollar cierto grado de relación familiar.

Compartimos alegrías y tristezas por más de cinco décadas; la recuerdo joven, lúcida, elegante, sosegada y con suaves modales, y ahora la observo completamente envejecida, apagada pero apacible y dulce. Puedo asegurar que a diferencia de otros enfermos con similar padecimiento, el desarrollo de su demencia, aunque resulte una sorprendente paradoja, tiene algo de recompensa dentro de la desgracia. ¿Qué tipo de recompensa recibe y cuáles son las razones para ello? El amable geriatra que la diagnosticó, siempre que indaga por ella se asombra del tiempo de supervivencia que ha alcanzado Elena, pues según me explicó, es infrecuente con su intenso deterioro mental que aún mantenga el control de algunas necesidades fisiológicas, y sobre todo, que muestre ese comportamiento apacible y esa dulce presencia, que hacen de Elena un caso verdaderamente insólito y según el propio especialista, una de las enfermas cubanas de más larga evolución.

El asombro del geriatra halla explicación plausible, al considerar que mi dedicación hacia ella influye en su comportamiento y en ese sentido es innegable que Elena se ha transformado en “centro de mi atracción” durante los últimos diez años. Esto, en varias ocasiones, lo ha estimulado a invitarme para que participe en los denominados “círculos de cuidadores de enfermos de Alzheimer” y allí exponga mis experiencias ya que, desde su óptica científica, está convencido de que la actitud de Elena responde a mis cuidados y otras personas en situaciones similares podrían aprender de mí.

Acepto esos criterios, pero al mismo tiempo, dadas mi formación cristiana y mi fe católica, intento descubrir en ese comportamiento de Elena algo de recompensa divina. Siempre la reconocí como una mujer creyente y fervorosa, con esa inmovible fe puesta a prueba desde su adolescencia, según sus propios relatos, hasta en los peores momentos del enfrentamiento Iglesia-Estado ateo, que no laico, expuesta a las burlas de vecinos y conocidos y por qué no, de algunos integrantes de su núcleo familiar. Con una firmeza envidiable y una sólida convicción, mantuvo su ejemplar conducta cristiana y el cumplimiento de sus deberes como miembro activo de la Iglesia local.

En casa era modelo silencioso de cada celebración ritual católica. Año tras año desarrollaba actividades como integrante de la Cofradía del Sagrado Corazón y como celadora de la Virgen, aún conservo el listado de las personas a quienes debía llevar la imagen mensualmente. Con escasas ausencias asistía a la Misa dominical y también rezaba diariamente el rosario; sin opulencias celebraba cada 24 de diciembre la cena navideña. Una vez por semana, y durante largo tiempo, preparó el almuerzo del párroco, visitaba a los enfermos, participaba en novenarios, triduos y en la Vigilia Pascual, y jamás se acostó en la noche sin orar por la familia ante el cuadro del Sagrado Corazón que aún su familia permanece en la sala de la casa.

Tan activa era su vida religiosa que nos percatamos del inicio de su terrible enfermedad cuando cumplía con la liturgia católica. Según refirieron algunas buenas amigas de su Cofradía, en la Misa después de comulgar, se colocaba nuevamente en la fila olvidando que lo había hecho antes; éste y otros “olvidos” en sus relaciones sociales – recuerdo sus disgustos con las compañeras del círculo de abuelos– y en su vida afectiva, así como al realizar sus labores domésticas, paulatinamente fueron en aumento, hasta que definitivamente su mente oscureció. Es interesante que haya sido su nombre, Elena, lo último que dejó de pronunciar antes de perder el habla completamente, y aún hoy cuando se lo menciono, me busca con la mirada alegre, como demostrando que “algo” permanece alerta en su endurecido cerebro.

Hace casi cuatro años que Elena estuvo muy enferma y, por primera vez, desde el diagnóstico inicial, ingresó en una sala de cuidados intensivos. Los médicos dudaban de su recuperación, pues con sus 81 años y una trombosis severa de la pierna derecha, junto a otros padecimientos, hacían el pronóstico altamente negativo. Durante su estancia hospitalaria recé, recé y recé a su lado, tal como ella lo hizo durante años, mientras su mirada extrañada recorría la habitación, tal vez indagando por qué estaba allí y no en su cuarto.

Al cumplirse diez días del ingreso, con Elena bastante mejorada, regresamos a casa y este año, si Dios quiere, celebraremos su 85 cumpleaños. ¿No será esta evolución una clara recompensa del cielo?, ¿no tuvo ella una conducta cristiana, casi ejemplar, para merecerla? Ante la palabra “milagro”, todos dudamos y reflexionamos, enormemente contaminados de materia, razón y realismo, temerosos hasta de abrir la boca para emitirla. ¿Es milagro padecer la enfermedad de Alzheimer sin mostrar agresividad, imitación rechazada a la familia, gritos nocturnos, insomnio, inexpresividad, tristeza? El geriatra vincula ese

comportamiento de Elena con el apoyo familiar amoroso, no a un milagro. ¿Es milagro regresar a casa desde una sala de terapia intensiva y con 81 años recuperarse completamente de una trombosis venosa bien aguda? Los preocupados médicos intensivistas dijeron que la recuperación era asombrosa, no milagrosa. Acepto todas esas opiniones racionales, pero con mi creencia y fe cristiana, asumo como recompensa el supuesto “milagro” que mantiene a la sonriente Elena entre

nosotros; una bien merecida recompensa que por su firme convicción, fidelidad, fervor y consecuente actitud cristiana ha recibido. Una religiosa amiga, con la fuerza espiritual que la caracteriza, asevera que, más que nosotros contribuir a su estabilidad física y psíquica, Elena con su comportamiento apacible y su sonrisa, nos ayuda a enfrentar las perennes dificultades cotidianas. ¡Ah!, algo muy importante: Elena es... mi madre. Ω